

Hoy, 30 años después, cuando nuestra posición dentro del campo social de la Ciencia creo que ya se ha afianzado, sigo creyendo que la relevancia social mayor de la práctica arqueológica está en el mismo objeto de estudio, sociedades pretéritas, cuya residencia está dentro del afán Antropológico entendido en el más amplio sentido. Esta frontera ciertamente no está en el ámbito intelectual del estudio de la sociedad, sino que radica en la realidad concreta de la vida social donde los arqueólogos debemos desenvolvernos en el día a día.

Lo anterior no quiere decir que la habilidad que la arqueología ha desarrollado para estudiar la cultura material, no sea útil para producir conocimiento relevante sobre sociedades del presente, cuestión que arqueólogos como W. Rathje y G. Harrison vienen haciendo desde la década de los 70s (p.e. Harrison *et al.* 1975, 1983; Rathje 1974, 1996; Rathje y Ho 1987 o Shanks *et al.* 2004) y que hoy en Chile, Nuevo Delaunay y Letelier (2015) han comenzado a explorar. Sin embargo, no me parece que los cuerpos teóricos desarrollados por la arqueología para extraer información desde la cultura material ni los métodos que ha aplicado sean los que definan la disciplina. De hecho, sería deseable que otros especialistas, especialmente los antropólogos sociales, sociólogos o historiadores, vieran en estos ejemplos el potencial que tiene la cultura material para complejizar su acercamiento a la realidad social.

De esta manera sigo creyendo que la disciplina arqueológica es una práctica que mantiene su relevancia social y su posicionamiento dentro del campo de las ciencias al girar en torno a lo que su nombre propio señala (ἀρχαίος – λόγος / arqueo – logía) y que, sin duda, seguiremos discutiendo sobre lo que esto realmente significa (p.e. Cornejo 2010).

Sentir que nada es igual, pero que todo es lo mismo: De lo sólido a lo líquido en la arqueología chilena

José Berenguer⁹

Dos peces jóvenes nadan juntos. De repente se encuentran con un pez viejo que va en dirección contraria. Los saluda y les dice: ‘Hola chicos, ¿cómo está el agua?’. Los dos peces jóvenes siguen nadando un rato hasta que uno mira al otro y le dice: ‘¿Qué diablos es el agua?’ — Discurso de David Foster Wallace en la ceremonia de graduación del Kenyon College, 2005

Interesante el ejercicio al que me invita el Editor de esta revista: comentar el artículo “No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después”, de Benjamín Ballester Riesco, donde este hace un balance con ojos de hoy de un debate arqueológico verificado en 1986, con pretexto de un pequeño ensayo mío publicado en esta misma revista, que comprimí de otro más voluminoso que había publicado en otra parte tres años antes. Es la suya la mirada despierta, fresca y desenvuelta

9 Museo Chileno de Arte Precolombino, Bandera 361, Santiago. E-mail: jberenguer@museoprecolombino.cl

de un *millennial*, una generación que ha sido diversamente caracterizada como idealista, impaciente, bien preparada, viajada, individualista, con una gran confianza en sí misma, una alta autoestima, gran capacidad de adaptación, movidiza, acelerada, que cambia a menudo de trabajo, deseosa de tenerlo todo al tiro, hábil para resolver varios problemas al mismo tiempo, hiperconectada, casi sin recuerdos acerca de cómo era el mundo antes de internet y en nuestro caso, de cómo era la arqueología chilena antes del Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental (SEIA) y antes del sistema científico que nos rige en la actualidad. Veamos, pues, qué cosa resulta de mi mirada sobre una mirada tan del siglo XXI acerca de lo dicho en un pasado tan del siglo XX. Capto perfectamente que lo que en verdad motiva al autor no es el núcleo de mi artículo, sino reavivar la discusión que vino después, en particular, ciertos temas que eran más bien marginales en mi formulación. Está en todo su derecho, pero yo ejerceré el mío: insistiré en lo que él periferaliza, dejando a otros más competentes comentar lo que él llama “el fondo de la controversia”.

Siempre es intrigante descubrir las maneras imprevistas en que uno es leído o interpretado. Son otros cerebros, otras conexiones, otros antecedentes, otros momentos. Estoy convencido en todo caso de que, en ciencias humanas, lo menos común es que nos lean o interpreten tal como querríamos que lo hicieran. Por eso, me concentraré en los pasajes en que Ballester dice que no entiende, que me desvíó de la discusión y que me entranpo o en que se pregunta un par de veces “para qué”. Concluiré mi comentario con tres hipótesis que pueden explicar dos discordancias y una concordancia entre él y yo. Por supuesto que lo haré procurando evitar todas las posibles falencias de mi propia lectura e interpretación de lo que él señala, así como de lo que escribí y se escribió hace tanto tiempo.

Ballester parte diciendo que mi escrito es un intento de definir el campo de acción, reflexión y desenvolvimiento de la arqueología, y asegura concordar conmigo y con quienes desde hace 70 años vienen diciendo que la arqueología es una ciencia social. En una crítica más general, cuestiona lo que ve como una disociación entre discurso y praxis entre los arqueólogos chilenos, los que, salvo excepciones puntuales, habrían enviado el tema de la sociedad prácticamente a un exilio sin vuelta. Esto repetido no en dictadura, sino en pleno 2016, mostrando que, como tantas cosas en nuestro país, la gente más joven siente que aún no regresan cosas que los mayores estiman ya retornaron. Si hubiera más sujetos, acciones, poder, política, cultura, simbolismo, personas, sentimientos y otros – enumera el autor – entonces sí que nuestros problemas, relatos y narrativas traerían de vuelta a la sociedad. Está muy bien, pero estaría mejor todavía si revelara cuáles son esas puntuales excepciones y especificara el rasero que aplica para aprobar a unas y desaprobando a otras. Regresaré brevemente sobre este punto al final.

Solo en el tercer párrafo el autor se refiere de lleno a mi artículo, pero voy a dejar esa discusión para más adelante a fin de referirme a sus opiniones sobre los comentarios de mis antiguos comentaristas. Ballester evalúa en forma conceptuosa la verónica de Lautaro Núñez, elogia sin reservas su versión oriental de la célebre metáfora del jardín y no vacila en citarla textualmente para que la lean, a modo de recomendación (algo así como un “toma cachito de goma”), los “más ortodoxos y conservadores arqueólogos positivistas del país”. Su análisis revela dos cosas llamativas: 1) que no tiene complejos en recurrir a argumentos de autoridad para fijar posiciones y 2) que – contrario a lo que insinúan el título y el epígrafe de su trabajo – él también es un hombre de trincheras, banderas y fronteras, solo que no disciplinarias, sino escolásticas e intradisciplinarias. Y ya que hablamos de “fronteras”, aclaro que usé este término en el título de aquel artículo, no en el significado de “línea limítrofe, demarcadora o fija”, como se usa en el lenguaje corriente, sino en el sentido de una dinámica y

cambiante franja, zona o territorio compartido, tal como lo he seguido utilizando en otros escritos (Berenguer 1998: Nota 2) y como he visto que lo emplean en la actualidad investigadores de otras disciplinas (p. e., Tapia Ladino y González Gil 2014: 21 y *passim*). Dada esta definición, creo que su uso en el título no tiene nada de fijo ni de limitáneo, más bien lo contrario.

Luis Cornejo, siempre jugado y frontal en sus juicios, es el que recibe el comentario más duro, tanto que es inevitable preguntarse si algo de esa última recomendación (el “cachito de goma”) se dirige a él. En 791 palabras, Ballester simplemente le da con el mocho del hacha, entreviéndolo como esencialista y más preocupado de resguardar los enclenques límites de la disciplina que en esforzarse por generar conocimientos más ricos, profundos y amplios sobre la sociedad, e implicando que es suscriptor de una máxima pre-posmodernista de la arqueología (“es antropología o es nada”), defensor de una unicidad e integridad de esta disciplina inentendible para Ballester, atemorizado de perder un campo que ha costado tanto construir, desalentador de ciertas promiscuidades interdisciplinarias e inconsecuente, porque él mismo habría flirteado con la ecología y la biología humana al comienzo de su carrera. En una exageración sorprendente para cualquiera que conozca la literatura arqueológica chilena de esos años (para un botón de muestra, véase el libro *Culturas de Chile. Prehistoria*, publicado por la SCHACH en 1989), insinúa que en vez de producir conocimientos los arqueólogos dilapidábamos energías en trazar los límites de la disciplina, como si nos hubiéramos pasado todo el tiempo escribiendo únicamente sobre eso. Al final, para argumentar que “siempre es atractivo y necesario quebrar la realidad”, Ballester hace una aseveración poco esperable en un analista tan fino: que “los campos disciplinares los creamos nosotros, no son naturales”. Si hasta las identidades étnicas son construcciones, ¿cómo no lo van a ser las disciplinas que inventamos para hacer ciencias, humanidades o artes?

Mucho mejor trato prodiga Ballester a su compañero de trabajo en el flamante Centro de Estudios Interculturales e Indígenas de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Francisco Gallardo. Le critica – al igual que lo hice yo hace 30 años – la incongruencia entre lo que dice el pensador que cita y su débil propuesta de que la “arqueología solo se ocupa de las sociedades precapitalistas que hoy no se encuentran en funcionamiento”. Le reprocha, además, haber intentado él mismo aproximaciones arqueológicas a ciertas formaciones capitalistas cuando ensayó quebrar fronteras interdisciplinarias. Culmina en todo caso erigiéndolo en rompedor de las fronteras tradicionales de la arqueología, las que, según él, sus colegas de entonces en el Museo Chileno de Arte Precolombino resguardábamos tan celosamente. La incursión de Gallardo en temas como la poesía y el cine, que Ballester amplía por su cuenta a la pintura, la ópera y la música, le permiten concluir, no sin cierta obviedad, que la dialéctica no es exclusiva de las ciencias tradicionales. Extrañamente, termina su comentario etiquetándose en forma parcial entre los que pensarían, junto a Gallardo y Cornejo, que la arqueología es una ciencia de las sociedades muertas o una suerte de “anticuarismo de lo humano”, como si esa arqueología del presente o del pasado reciente que suscribo remitiera en forma exclusiva a lo muerto.¹⁰

Por mi parte, no tengo nada más que agregar a lo que respondí a Núñez, Cornejo y Gallardo en esa ocasión. A menos, claro está, que algunas de las opiniones que se viertan en el presente debate me involucren de una manera que yo encuentre necesario contestar.

10 Si al autor no le quedó claro esto en mi artículo de 1986, le sugiero consultar el original (Berenguer 1983: 114–119 y figs. 1–3).

¿Mario Rivera?, bueno, llegó tarde al debate. No sé si porque el *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* demoraba mucho en arribar a los EEUU, porque se atrasó en contestar, porque no fue invitado o porque decidió terciar solo cuando leyó el artículo, los comentarios y la réplica. Con simpatía y no sin cierta admiración, Ballester lo pinta como un viejo crack al que lo ponen en los últimos minutos del partido, que ingresa a la cancha derrochando entusiasmo y mucha técnica, pero en una posición que no le acomoda. “Una lástima para los telespectadores y la arqueología chilena”, remata nuestro autor. En realidad, parece que el problema con Rivera fue que se equivocó de partido. En las propias palabras de Ballester: “su lejanía de Chile y su arqueología, no le permitieron notar la sutileza de los problemas que se estaban tocando”. Dicho de otra manera: Rivera no habría hecho justamente lo que en su comentario recomendaba a otros: “ubicarse primero antes de opinar”. La verdad es que leído 29 años después, comparto la impresión de que entró a otro match, no al que se estaba jugando. Mientras Núñez salió dribleando con elegancia pero siempre con la mirada puesta en el arco hacia donde había que chutear, y Cornejo y Gallardo debatieron sin fintas ni cachañas, apuntando también a esos mismos tres palos, Rivera jugó en la cancha del lado y en largo pasajes tiró la pelota para el córner, hablando de todo pero muy poco de lo que era el eje de la conversación. Incluso intentó llevarse la pelota para la casa con un sermón que dejó a casi todos afuera. Hoy día, lo más atendible de su intervención es, a mi juicio, su crítica de que nos hayamos olvidado de las ya entonces clásicas etnoarqueologías de Binford, Gould y Longacre. Ensayando una explicación, quizás fue porque en esa época la etnoarqueología se usaba, más que nada, para modelar situaciones en contextos sistémicos a fin de aplicarlas como hipótesis en contextos arqueológicos, o sea como un recurso metodológico. En cambio hoy en día todavía se usa para eso, pero también para estudiar a las sociedades actuales, es decir, como una arqueología del presente en toda su ley. Para finalizar, no deja de ser un contrasentido que Rivera cierre su comentario agradeciendo precisamente lo que al principio critica desde el Olimpo: debatir sobre teoría con tres desubicados “arqueólogos” nativos.

Dicho lo anterior, vuelvo al tercer párrafo, donde Ballester se concentra efímeramente en mi artículo diciendo que defino la arqueología como ciencia social, para luego entramparme en lo que conceptualiza como *identidad disciplinaria*. En otras palabras, tilda de “entrampamiento” lo que es justo el centro de gravedad de mi propuesta: la definición del campo de acción de la arqueología.¹¹ Lo que en verdad él está haciendo es exigir a mi artículo que sea lo que no es, un tipo de transposición que ya es un “clásico” en la arqueología chilena. ¿Acaso no les ha llegado a ustedes alguna vez la crítica de un evaluador que, en lugar de evaluar su artículo o proyecto en sus propios méritos, pretende que lo escriban tal como ellos lo habrían hecho o como les gustaría verlo escrito? Una vez cambiado el eje principal de una propuesta, naturalmente no es difícil encontrarle insuficiencias. De ahí que al final de este tercer párrafo uno se quede preguntando quién es, en realidad, el que desvía la discusión.

Pasando por alto la cita a Gallardo de las tres últimas líneas – porque, claro, el pasado es siempre actualidad, pero todos entienden a qué me estaba refiriendo por “arqueología del presente” – creo comprender la incomodidad de Ballester con el tema de las temporalidades en la definición del referido campo de acción y también su perplejidad por los “tremendos esfuerzos” gastados hace tres décadas por establecer un campo disciplinario propio. Es aquí sobre todo donde me acuerdo del bien conocido cuento de los peces jóvenes del epígrafe, porque muchas veces las realidades más

11 Para entender esto de mejor manera, llamo a no quedarse en la lectura de este ensayo de cinco páginas, instándolos a consultar el original (Berenguer 1983: 103–126). Allí encontrarán algunos pasajes expuestos de otra forma, con mayor extensión y con algunos ejemplos. Es claro, en todo caso, que el colega probablemente habría quedado más satisfecho si yo hubiera escrito un artículo del tipo “¿Estamos realizando arqueología social en Chile?”.

importantes y obvias son a menudo las más difíciles de captar. Para intentar aclararlo, introduciré un poquito de contexto y de testimonio.

Las ideas expuestas en el artículo en comentario provenían de mis lecturas de fines de los años setenta e inicio de los ochenta, a las que accedía gracias a la generosidad de mi amigo el historiador Osvaldo Silva Galdames, quien me daba pase libre a su completa y actualizada biblioteca. De esas lecturas surgió una mezcla de reflexiones ajenas y propias, latinoamericanas y anglosajonas, que me preocupé de citar y referir como corresponde en los artículos de 1983 y 1986. En 1978 (1979 en Otavalo), pero especialmente entre 1980 y 1982, comencé a pasar estos temas en clases de Teoría y Método de la Arqueología, en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Esto hasta que fui exonerado (desvinculado dirían hoy) de mi trabajo por un filósofo que fue nombrado director de ese Departamento por las autoridades cívico-militares de la Universidad y que pasó a la historia de esa unidad académica porque intentó convertir a la arqueología en un ejercicio puramente técnico. Este señor veía una amenaza en el “logos”, en el razonamiento de la arqueología. Por cierto, nunca fui tan desubicado como para pasar Materialismo Histórico en mis clases; me conformaba con la *Behavioral Archaeology*, pero podría haber sido cualquier otra.¹² Lo importante para mí en esas clases no era tanto la orientación teórica o el paradigma, sino hacer pensar a los alumnos. Pero en una universidad secuestrada y de clases desembozadamente vigiladas (se acordarán muy bien de ello mis alumnos de 1981 y 1982 en el Campus de La Reina), hasta Michael Schiffer y Cía. deben haberles parecido marxistas. Es que una arqueología con neuronas acaso les sonaba demasiado peligrosa a los obsecuentes filósofos que dirigían el Departamento y la Facultad. Y eso de pensar sobre el comportamiento humano a través de los productos materiales, “en cualquier momento y en cualquier lugar”, debe haberles resultado francamente subversivo.

En paralelo, a algunos profesores del Departamento les preocupaba el hecho de que estaban formando arqueólogos para lanzarlos a la cesantía. Sé que puede ser algo difícil de entender para las nuevas generaciones, porque una cosa es leerlo o que alguien se los cuente, y otra muy diferente vivirlo. Hoy, cuando en una Evaluación de Impacto Ambiental un chico de tercer año de la carrera gana en dos semanas lo que un profesional de 25 años de antigüedad gana en un mes en un museo, no es fácil imaginarse la precariedad en que se desarrollaba y ejercía la arqueología en Chile a principios de los ochenta. Nuestros egresados solo podían trabajar en las universidades o en los museos, en circunstancias que casi todos los puestos estaban copados. El Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) era todavía una criatura de meses y faltaban más de 10 años para que se creara el Fondo Nacional para el Desarrollo Cultural y las Artes (FONDART). Investigábamos con pequeños fondos de las universidades o de nuestros propios bolsillos, los presupuestos no daban para pagarle al personal de campo ni al de gabinete, y, para más remate, estábamos en plena crisis económica. Solventar el costo de fechas radiocarbónicas, por ejemplo, era casi prohibitivo; de ahí el énfasis en dataciones por termoluminiscencia, que eran considerablemente más baratas.

Con algo más de un año trabajando en el Museo Chileno de Arte Precolombino y cortada mi carrera académica en la Universidad de Chile, reuní mis apuntes y en agosto de 1983 presenté la ponencia “Redefiniendo la arqueología” en las *Primeras Jornadas de Ciencia y Arqueología*, cuyas actas salieron publicadas a fines de ese año (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983). Casi todos

12 En un mundo sin internet, simplemente leíamos y dábamos para leer lo que conseguíamos o teníamos más a mano. La información escaseaba, no como ahora, que estamos saturados de ella. Además, llegaba desfasada. Los primeros artículos post procesualistas de Hodder, por ejemplo, datan de 1982, pero solo estuvieron a nuestro alcance promediando esa década.

los asistentes a ese encuentro eran colegas, alumnos o ex alumnos, con algunos de los cuales había discutido estas ideas sobre una arqueología del presente, aunque sin mucha aceptación tengo que admitirlo. El fuego era cruzado para todos, porque, insisto, la teoría, el pensamiento, olía a peligro. No por nada Loreto Suárez, Luis Cornejo y Francisco Gallardo tuvieron que organizar sus *Jornadas* en el Museo Nacional de Historia Natural, cosa que siempre agradecieron a su director de entonces, Hans Niemeyer. De la vereda de los investigadores consagrados, por otra parte, había casi cero respaldo; no por razones políticas, sino porque, simplemente, no creían en este tipo de reflexiones. De rato en rato, los trabajos de Luis Guillermo Lumbreras, José Luis Lorenzo, Felipe Bate y Manuel Gándara, entre otros, se colaban en nuestro medio, insuflando aire fresco y latinoamericano a nuestros intereses teóricos y metodológicos. En suma: en la primera mitad de la década de los ochenta, un puñado de arqueólogos sub-40 (con notables aportes sub-65, como Hans Niemeyer, Virgilio Schiappacasse y Oscar Espouey) y medio centenar de arqueólogos jóvenes, egresados y estudiantes de la carrera estaban interesados en escuchar, pensar y discutir sobre ciencia, teoría y metodología de la arqueología en Chile. Fue en ese contexto que sometí a discusión la idea de ampliar el campo ocupacional de nuestra disciplina en nuestro país mediante una arqueología del presente o del pasado reciente.¹³

Tres años después, reduje ese texto de 23 páginas a solo cinco y lo envié a esta revista. Ahora me doy cuenta que, para anticiparme a las críticas “a lo nuevo que no es tan nuevo” y a la de quienes “no necesitan fronteras”, debí llamarlo “Otros ámbitos de acción de la arqueología”, o, más preciso aún, “Extracto del artículo ‘Redefiniendo la arqueología’”, pero me falló la bola de cristal. Lo que sí sabía es que cinco meses antes la principal tesis del artículo – la posibilidad de hacer arqueología de hoy o del pasado reciente en Chile – se había concretado cuando un juez de la República nos pidió “un enfoque arqueológico del problema”, poniéndonos a trabajar como peritos-arqueólogos en un caso de ejecutados políticos en Cuesta Barriga (véase Berenguer y Torres 2011: 114-117). No pude incorporar este ejemplo en el artículo de 1986, porque antes de la Reforma Procesal Penal, se usaba mantener las investigaciones bajo secreto de sumario (aunque los casos judiciales asociados a violaciones a los derechos humanos siguen bajo el antiguo sistema).¹⁴ Visto lo anterior, creo que tenían toda la razón esas autoridades pinochetistas del Campus de La Reina en ver una amenaza en la enseñanza de una arqueología del presente.

¿Que nadie, ni entonces ni después, se ganó realmente la vida trabajando en arqueología forense?, cierto. ¿Que el campo ocupacional solo se abrió para los arqueólogos después de la promulgación de la Ley 19.300 de Bases Generales del Medio Ambiente, en marzo de 1994?, cierto también. Pero, a diferencia de casi todas mis antiguas publicaciones, a esta la dejaría igual, no porque carezca de errores,

13 En esta contextualización, no podemos olvidar que, para eliminar los obstáculos que entorpecían el buen funcionamiento del mercado, los economistas neoliberales de la dictadura habían terminado con la colegiatura obligatoria y con la tuición ética de los colegios profesionales, debilitando enormemente a las organizaciones gremiales. En nuestro caso, cualquier individuo podía practicar arqueología y ejercerla como le diera la gana. Así, definir y re-definir el campo de acción de la disciplina era, por esos años, una cuestión con ribetes ocupacionales, pero también éticos y políticos.

14 Quince años más tarde y después de decenas de investigaciones de arqueología forense, hechas por diferentes colegas, fue requerida nuevamente nuestra participación como peritos-arqueólogos, esta vez por una ministra de la Corte de Apelaciones de Santiago que estaba investigando casos de detenidos- desaparecidos en dependencias del Ejército de Chile, en la Comuna de Colina (Fuerte Arteaga, ex Regimiento Tacna). En esa ocasión se comprobó otra importante aseveración hecha en el artículo a partir de la literatura sobre la arqueología del presente: que entre los documentos escritos y la materialidad, es preferible creerle a esta última. Nuestras excavaciones encontraron el cuerpo del detenido-desaparecido Juan Luis Rivera Matus, a quien documentos de la Mesa de Diálogo Sobre Derechos Humanos, en el año 2000, habían dado por lanzado al mar sobre la base de testimonios militares (Carrasco *et al.* 2003). Agradezco a Iván Cáceres haberme recordado este hecho.

omisiones u obsolescencias, sino porque es un testimonio de época, refleja las preocupaciones de un arqueólogo en un Chile que felizmente ya se fue. Quedó, a mi parecer, como un intento legítimo de expandir el campo de acción de la disciplina en nuestro país en momentos bastante más difíciles de los que vivimos en la actualidad, y celebro extrañado que hoy sirva de pretexto para conversar sobre nuestro quehacer más allá de las situaciones concretas que nos toca investigar en la vida diaria como arqueólogos. En este sentido, me sumo en forma entusiasta a la aspiración de Ballester de que no todo tenga que ser producir conocimiento antropológico, construir prehistorias e historias o investigar/gestionar el patrimonio mediante evaluaciones de impacto ambiental. Parafraseando a un médico español del siglo XIX: “el que solo sabe de arqueología, ni de arqueología sabe”.

Para terminar, tres posibles explicaciones sobre las diferencias y acuerdos entre Ballester y quien escribe. Lo hago, más que nada, para que mi comentario a su comentario le haga algún sentido, porque reitero: a él no le motiva el núcleo de mi artículo, sino su secuela, vale decir, “el tema que subyace en este debate”. Y para desazón o contrariedad suya, a mí me interesa profundizar justo en lo contrario.

1) ¿Por qué a Ballester no le motiva discutir la principal tesis del artículo: la posibilidad de que los arqueólogos estudien las sociedades del presente o del pasado reciente? Sencillamente, porque “ya no es tema”. ¿Ustedes creen que esos colegas que actuaron como peritos en los años noventa, o bien, nosotros mismos cuando trabajamos en Fuerte Arteaga, en 2001–2002, nos preguntamos si estábamos haciendo arqueología u otra cosa? Para nada. Ya estaba instalada en la disciplina – como en muchas partes del orbe – la idea de que la arqueología forense es parte de nuestro oficio (Cáceres 2011).

El caso del Grupo Argentino de Antropología Forense, fundado en 1984 por el recién desaparecido Clyde Snow, es modélico. Por supuesto, cada cual decide si ejerce este tipo de arqueología o no. Menciono también la investigación de centros de detención y tortura de la dictadura chilena, como Londres 38 (Landaeta 2008) y otros, donde esta arqueología del presente ha desempeñado y sigue desempeñando un importante papel en los esfuerzos por recuperar y difundir desde la materialidad la memoria sobre las violaciones a los derechos humanos durante el gobierno militar. Dicho sea de paso, colega, estas investigaciones *también* son temáticas de la sociedad.

Otra incursión de los arqueólogos en el pasado reciente proviene, por poner un solo ejemplo, de proyectos como el de Flora Vilches (“Expansión capitalista e identidad en los oasis de San Pedro de Atacama, 1880–1980: Un enfoque interdisciplinario”), cuyas publicaciones – si bien no reconocen precedentes en nuestros artículos, comentarios y réplica de hace 30 años – muestran a arqueólogos trabajando codo a codo con antropólogos e historiadores en temas de la realidad contemporánea (Vilches *et al.* 2014a, 2014b). O sea, si ya nadie cuestiona que todo esto es arqueología, ¿a quién podría importarle actualmente lo que a mediados de los ochenta era necesario fundamentar? Es que durante el tiempo transcurrido, tanto en Chile como en otras partes, los arqueólogos ya hicieron la pega. Convirtieron lo que antes parecía mera extravagancia, en algo rutinario.

2) ¿A qué se debe que Ballester critique tanto nuestra insistencia de expandir nuestro ámbito de acción como arqueólogos? A que hoy, 30 años después, “tampoco es tema”. Quizás, la enorme apertura del campo ocupacional de la arqueología que representaron las Evaluaciones de Impacto Ambiental hizo innecesario esforzarse para crear nuevos espacios en el ámbito laboral, cosa tal vez poco entendible para las acomodadas nuevas generaciones de arqueólogos. Hoy existe un campo

ocupacional asegurado por ley, algo impensable tres décadas atrás. Tan exitosa ha sido la irrupción de los EIA en nuestro medio, que no me extrañaría que hubieran surgido colegas, como los vaticinados hace 20 años (Berenguer 1996), para quienes “la arqueología es evaluación de impacto ambiental o es nada”. Sin embargo, este ejercicio liberal de la disciplina, que no es otra cosa que una arqueología aplicada, posibilita sin problemas seguir “militando” a la vez en la ciencia básica, es decir, haciendo investigaciones orientadas a problemas dirigidos solo por nuestra propia curiosidad y necesidad de conocimientos (Berenguer 2015). La crítica de Ballester también puede deberse a algo muy propio de los seres humanos: a que una vez que las cosas se consiguen, la gente puede darse el lujo de cuestionarlas; total, de todas maneras están ahí. Solo cuando se pierden se valoran.

Pero voy a ensayar una interpretación distinta, una inspirada libremente en el sociólogo y filósofo polaco Zygmunt Bauman (2015a, 2015b) y que explica el subtítulo de este comentario. Lo que ocurre es que en estas últimas décadas el mundo, la sociedad chilena, nuestra arqueología y cada uno de nosotros cambiamos; ya nada es igual. Antes vivíamos lo que Bauman ha denominado la “modernidad sólida”, una época de universos opuestos regidos por sus propias y asfixiantes certezas. Eran tiempos de territorios, estabildades y perdurabilidades. Sobre todo, de definiciones marcadas, donde las cosas eran blancas o negras, uno era esto o aquello, servía para tal o cual cosa, uno estaba de este lado o del otro de la muralla, este era mi feudo y aquel otro el tuyo, se estaba con el SÍ o con el NO, la arqueología era esto o no era nada. Todo tenía que adecuarse a un receptáculo, a un casillero, a una etiqueta, a un territorio, las disciplinas también. Bueno, esto ya no es así. De la misma manera en que hoy uno puede tener identidades variables, provisorias, imaginadas (es cuestión de ver lo que pasa en las redes sociales), así también uno puede tener múltiples militancias laborales y escolásticas dependiendo del contexto. De ahí que ahora alguien pueda ser (exagerando un poco las cosas) un arqueólogo neopositivista, un fenomenalista, un arqueopoea, un neomarxista o un *story-teller*, todo a la vez, como en un *smartphone*. En los artículos o en los proyectos es cada vez más difícil como lector o como evaluador dilucidar su centro, su foco disciplinario, porque los límites entre las disciplinas se han ido disolviendo. Pienso que todo esto no es sino una manifestación en la identidad de las ciencias de lo que Bauman llama “modernidad líquida”, donde todo aquello que antes era cierto, sólido, fijo y adaptable a una forma, se ha vuelto incierto, fluido, nómade y volátil. Son tiempos en que todo en nuestro quehacer fluye, desborda, derrama, inunda, y en especial, se alivia, pierde durabilidad y se licúa.

El tradicional autor único o en tándem de la modernidad sólida se halla en vías de extinción, reemplazado por el autor fraccionado (*sensu* Van Weijen y Plume 2014), donde nuestras autorías se han vuelto colectivas (colaborativas es la expresión en uso), y nuestra responsabilidad sobre lo escrito leve y diluida. En la sopa aguachenta en que navega actualmente la arqueología en el sistema científico vigente, hecho a la pinta de las ciencias hegemónicas, nuestras publicaciones carecen cada vez más de relato. Lo único que parece importarnos es comunicar resultados y siempre que los publiquemos en revistas indizadas. Muchos de esos artículos son escritos a toda prisa, sin pretensiones de perdurabilidad. Para usar expresiones de Bauman (2015b): no alcanzan a solidificarse cuando ya están deritiéndose y yéndose por el desagüe. No pocos de ellos son artículos modulares, cuyas piezas pueden ser cambiadas de lugar una y otra vez, para dar origen a “nuevos” artículos que inflan nuestra productividad. En esta imparable maquinaria competitiva en que estamos metidos, de innegable estirpe neoliberal e inspirada en los valores del mercado, apenas hay espacio para el antediluviano humanista, acostumbrado “a pensar escribiendo, no a presentar resultados” (Segura 2016: 07). ¿Qué sentido, entonces, podría tener hoy en día buscar un territorio concreto de acción para una disciplina, cuando lo que ahora se persigue es des-territorialidad, flexibilidad,

traslapes, ubicuidad, globalidad, mosaico, promiscuidad disciplinaria, transdisciplina, intersecciones, nomadismo, transitoriedad, fluidez? Ninguno, pues. De ahí, probablemente, la perplejidad de nuestro autor con esa añeja discusión limitánea de algunos y fronteriza de otros de hace tres largas décadas. La vida es un soplo, qué duda cabe, pero 30 años es mucho.

3) En lo que sí estamos de acuerdo, es en que es necesario traer de vuelta las temáticas de la sociedad a la arqueología (si es que alguna vez se fueron o si es que alguna vez estuvieron allí). Presumo que esta concordancia con Ballester obedece a que, a pesar del tiempo transcurrido, “nada es igual, pero todo es lo mismo”. Con esto quiero decir que a pesar de los cambios referidos en los párrafos anteriores, muchos de nosotros seguimos pensando tal como se pensaba hace una generación: que la arqueología que uno practica sí que es arqueología social y que la del otro no. Es imperativo, por lo tanto, ponernos de acuerdo en cuáles son los criterios de valoración al respecto, para así colocar a dialogar diferentes opciones, formatos o enfoques, porque ahora, en esta nueva modernidad, menos que nunca podríamos concebir una sola y única arqueología social. Por eso me interpretan las propuestas tanto de nuestro ensayista como de nuestro Premio Nacional de Historia 2002, de que ojalá crezcan todas las flores (es la “arqueología total” de la que hablé en mi réplica de 1986). Pero sin relativismos, como se acuerda de recalcar Benjamín Ballester, porque la bien elegida palabra “posibles” en la frase de Lautaro Núñez, significa, a mi entender, que todas las flores tienen derecho a existir —que al revés de esa otra canción de Jorge González, en este jardín incluyente no sobra ninguna— pero no todas pesan lo mismo. Hay flores que son mejores que otras. Es que algo de lo bueno de lo sólido de otras épocas tenemos que rescatar; no todo va a ser licuefacción. Es más, ojo con tantos cambios en el estado de agregación de las moléculas de la disciplina: no vaya a ser que en 30 años más, cuando alguien comente el artículo del para entonces sexagenario colega Ballester, descubra que en el siguiente cambio de estado de la materia la arqueología se volvió gaseosa...

Agradecimientos. Agradezco al Editor por su invitación a este debate y a mis colegas Iván Cáceres y Gonzalo Ampuero por sus atinados comentarios. Sobre todo, agradezco a Benjamín Ballester por haberme hecho mirar tan hacia atrás en mi propio pasado reciente y a la vez tan hacia delante en este presente. A raíz de sus preguntas, tuve que preguntarme a mí mismo por qué escribí ese artículo, reparando en que lo hice no solo para explorar otros ámbitos de acción de la arqueología, otros campos ocupacionales para los arqueólogos, sino también para defender la misma idea de nuestra disciplina con que hoy, tres décadas después, la nueva exposición permanente del Museo de Arqueología Nacional de Madrid recibe a sus visitantes: “La arqueología: una ciencia para conocernos”. Y eso que la muestra se extiende desde los primeros homínidos en África hasta los últimos años del franquismo.

Comentando a Benjamin Ballester

Mario A. Rivera¹⁵

He leído con mucho interés el ensayo de Benjamín Ballester (Ballester 2016) y a través de la lectura de sus conclusiones me confirman una serie de situaciones que caracterizaron el ambiente

15 PhD. Field Museum of Natural History, Chicago.